

brante que llenó la basílica, la hermosa alocución que publicamos en seguida.

El Colegio del Rosario, católico y tomista por esencia, presenta al Ilustrísimo señor Perdomo testimonio de veneración y le ofrece filial obediencia.

ALOCUCION

del Ilustrísimo señor D. D. Ismael Perdomo, Arzobispo de Trajanópolis, al Venerable Capítulo Metropolitano, al Clero y fieles de la Arquidiócesis de Bogotá, con ocasión de la toma de posesión del cargo de Coadjutor del Ilustrísimo señor D. D. Bernardo Herrera Restrepo.

Venerables Sacerdotes y amados hijos en Nuestro Señor Jesucristo:

En obediencia a lo ordenado en las bulas pontificias, hemos tomado posesión del cargo de coadjutor del Ilustrísimo señor D. D. Bernardo Herrera Restrepo.

Deseamos corresponder a los deseos del Vicario de Cristo, que ha querido aligerar la carga al benemérito prelado, cuya vida se ha consumido en continuo e intenso trabajo por la gloria de Dios y el bien de las almas, y que hoy se halla agobiado, pudiéramos decir, más por el peso de sus merecimientos que por el de los años.

El hecho providencial de empezar a ejercer nuestro cargo bajo la dirección del Ilustrísimo señor Herrera, será una prenda de acierto, porque sabido es que la prudencia y la sabiduría han caracterizado sus actos. Además, el venerable Capítulo metropolitano, que es el cuerpo consultivo del Prelado y como su senado permanente, fuera de estar integrado por sacerdotes que son eminencias en ciencia y en virtud, nos inspira singular confianza, tanto porque contamos entre sus miembros cinco de nuestros antiguos profesores de seminario,

como porque conocemos la adhesión y el apoyo eficaz con que ha secundado siempre al Ilustrísimo señor Arzobispo en el gobierno de la arquidiócesis.

Es cierto que nos toca entrar en esta nueva lid por la causa de Dios en la tarde de nuestra vida, después de veinte años de luchas que se pasaron en la organización y gobierno de una diócesis nueva; pero gracias al cielo, aún tenemos fuerzas y sentimos entusiasmos de joven que, unidos a la confianza en Dios, nos dan derecho para exclamar con más razón que el vencedor de Marengo: «Todavía tenemos tiempo de ganar una batalla.»

Al dirigir nuestro primer saludo y ofrecimiento al clero y fieles de la arquidiócesis, queremos manifestarles que no traemos otra ambición que la de hacer el bien; que no prometemos grandes cosas, mas confiamos en que Dios nos dará fuerzas para sacrificarnos por el bien de las almas. Nuestra vida, venerables sacerdotes y amados fieles, nuestra salud, cuidados, desvelos y servicios, os pertenecen íntegramente de hoy en adelante.

El Seminario, que es nuestro hogar, y de cuya buena marcha depende para el porvenir el mantenimiento de la doctrina y de la vida cristiana entre los fieles, ocupará lugar preferente en nuestros cuidados y atenciones. La instrucción catequística del pueblo, la educación cristiana de la juventud y su organización social para la defensa de los principios y de la moral cristianos y la buena prensa, son asuntos que nos preocupan seriamente, como a todos los que se interesan por el bienestar de la sociedad.

Velaremos por la conservación de la fe y de las buenas costumbres; nos preocuparemos de que se guarde el debido respeto a los que Dios ha puesto para gobernar la sociedad, sosteniendo para ello el principio

de autoridad, y en esta forma trabajaremos por la conservación de la paz en nuestra querida Patria. Deseando mejorar la condición moral y económica del pueblo obrero y trabajador, emplearemos los procedimientos que llevan la garantía de la experiencia y la esperanza del éxito.

Pero como nada podríamos hacer sin la cooperación del venerable clero y de los fieles, esperamos, amadísimos hijos, que cumpláis con fidelidad el encargo que os hace el Vicario de Cristo: «de prestar la debida reverencia y obediencia a nuestras exhortaciones y preceptos, aun durante el oficio de coadjutor.»

Es natural prever que en el cumplimiento de nuestros deberes, tendremos que oponernos a ideas o principios y a prácticas que pugnan con la doctrina católica; pero esto en nada se opone a la caridad que tendremos para con los que yerran, y al deseo de servirles con la esperanza de llevarlos a Dios.

Hacemos al venerable clero de la arquidiócesis la misma declaración que al de la diócesis de Ibagué cuando dijimos: «confesamos nuestra inferioridad a nuestros hermanos en el episcopado colombiano, pero en una cosa quisiéramos ser el primero, y es en el amor a nuestros sacerdotes y en la confianza que deseamos inspirarles.»

La veneración que profesamos a las órdenes y Comunidades religiosas de ambos sexos, nos hacen esperar que hallaremos en ellas la cooperación de sus oraciones, y que los religiosos seguirán prestando su cooperación activa y de obra, como lo exigen los intereses de la gloria de Dios y el bien de las almas.

Ponemos los años de ministerio que Dios quiera concedernos bajo el amparo y protección del Corazón divino de Jesús y de la Madre de Dios, y pedimos al Señor nos conceda la gracia de que el resto de nuestra

vida sea una realización práctica de la enseñanza del Salvador cuando dijo: «No he venido para ser servido sino para servir.»

Plegue al Señor, venerables sacerdotes y fieles muy amados, que se cumplan los deseos que nuestro Padre Santo Pio XI manifiesta en sus letras apostólicas, a saber, que «Nos podamos regocijarnos por haber hallado en vosotros, hijos muy sumisos, y vosotros en Nosotros, un padre amoroso.»

Mandamos que la presente alocución se lea en las iglesias parroquiales y en los oratorios públicos en un día de precepto a la hora del evangelio.

Bogotá, octubre 7 de 1923.

✠ ISMAEL,
Arzobispo de Trajanópolis.

HOMENAJE DEL COLEGIO DEL ROSARIO

AL DOCTOR JOSE MARIA GONZALEZ VALENCIA

De algún tiempo acá venían los estudiantes de jurisprudencia del Colegio del Rosario abrigando el deseo de tributar a su ilustre maestro, señor doctor don José María González Valencia, un homenaje de admiración, respeto y agradecimiento: admiración por la ciencia del profesor, respeto por sus virtudes, gratitud por los servicios prestados a la juventud durante cuarenta años.

El Colegio del Rosario es un cuerpo unido y compacto, compuesto de los superiores, catedráticos y discípulos; vivificado por la fe católica, la filosofía tomista y el amor a la Patria, y regulado por las sapientísimas constituciones de su fundador.

La Consiliatura, abundando en los anhelos de los estudiantes, determinó unánimemente, por medio del